

DIEZ AÑOS DE GREENPEACE EN ESPAÑA

ENTREVISTA A XAVIER PASTOR

Nicolau Barceló



Entrevistamos para Ecología política a Xavier Pastor, de 43 años, biólogo marino de formación académica, con una larga militancia ecologista a sus espaldas y que dirige la oficina española de Greenpeace desde su apertura en 1984, hace ya casi diez años.

Ecología política.— Xavier, tu condición de Presidente de Greenpeace-España durante casi diez años te sitúa en una muy buena posición para observar y comentar el panorama ecologista del Estado Español. Empecemos por lo que te es más cercano: ¿cuál es, políticamente, el balance del tra-

bajo realizado por Greenpeace en estos diez años y cuál es su ubicación en dicho panorama ecologista?

Xavier Pastor.— En un primer momento, cuando constituimos Greenpeace-España hubo, en cierto modo, incompreensión por parte de los grupos ecologistas españoles. Me acuerdo de una pregunta, en una de las primeras entrevistas de radio que me hicieron, a la que también asistía Benigno Varillas, en la que se nos decía que «por qué Greenpeace se había atrevido a seleccionar a determinadas personas para ser los

dirigentes de Greenpeace-España sin contar con los grupos ecologistas españoles». En ese primer momento circuló la idea de que Greenpeace-España tenía que montarse mediante una decisión democrática de los grupos españoles, que también elegirían a sus dirigentes. Tuvimos que explicar que Greenpeace era una organización privada que sólo se representaba (y sólo pretendía representarse) a sí misma, por lo que podía perfectamente seleccionar según su criterio a sus representantes. Luego, desde el principio intentamos, y creo que lo hemos conseguido en buena medida (aunque no del todo); evitar que se tuviera la percepción de Greenpeace como una organización extranjera que venía a España de forma arrogante a competir con los grupos españoles, es decir, sin avasallar a nadie al disponer de más medios, y sin robar tampoco el protagonismo a quienes llevaban quince años trabajando cuando llegó Greenpeace.

Intentamos conseguir esto, de un lado, vinculando desde el principio a Greenpeace a personas del movimiento ecologista, tanto en la primera hornada de dirigentes como más adelante. Es el caso de Benigno Varillas, Manuel Rivas o yo mismo; Jordi Bigas, Julio Más, Heléna Fusté o Artemio Precioso después. Más adelante, tú mismo, Juan López Uralde. Sobre todo en los primeros cuatro o cinco años, había personas identificadas con el movimiento ecologista español y conocidas en ese ámbito. Se rompe después en parte esa trayectoria, cuando empezamos a contratar como coordinadores de campañas (*campaigners*, como les llamamos internamente) a personas que hace poco que han salido de la universidad, en algunos casos con poca experiencia asociativa en el movimiento ecologista. También es una cuestión generacional. En esa segunda fase, siguen en la Junta Directiva personas reconocidas en el movimiento ecologista y de amplio currículum. Gente muy legitimada, si se puede decir así.

Por otro lado, se ha procurado mantener el máximo respeto hacia los demás grupos, siempre con una clara conciencia de que nosotros tenemos la fuerza que nos da la conexión internacional y la información que podemos reunir por esa condición (muchas veces no necesitamos reinventar la rue-

da, nos basta con echar mano de la información disponible en otras oficinas de Greenpeace), pero al mismo tiempo de que son los grupos locales quienes conocen verdaderamente los problemas, porque viven en el lugar y porque saben lo que se cuece detrás de cada empresa o de cada concejal.

Ep.— Creo que eso que dices es un tema fundamental y aún más con el paso de los años, sobre todo en la medida en que, en el Estado Español, el movimiento ecologista ha padecido una seria escasez de *suministros* informativos exteriores aplicables a campañas concretas. Por ejemplo, en el tema de los residuos.

XP.— Sí, yo diría que nos hemos podido repartir un poco el trabajo entre los grupos. Generalizando mucho, tradicionalmente los grupos españoles fuertes trabajaban en ordenación del territorio y en temas de vida silvestre. Es cierto que también hubo un fuerte movimiento antinuclear en los últimos años del franquismo y en tiempos de la UCD, pero básicamente la ocupación de los ecologistas era la defensa de los espacios naturales. Temas como contaminación marina, contaminación atmosférica, residuos tóxicos, otros temas nucleares como los residuos radiactivos, desarme nuclear, cambio climático y capa de ozono, etc. recibían en proporción mucha menos atención por parte de los grupos ecologistas. Quizás porque requerían más especialización o más información. Greenpeace apenas ha intervenido en temas de ordenación del territorio, pero su aportación en estos otros temas es muy significativa.

Otra cosa importante. Creo que una buena contribución de Greenpeace al movimiento ecologista español, bueno, para quienes deseaban una organización de ámbito estatal implicada en una estructura internacional, pero con una proyección estatal para su tarea, ha sido precisamente esto. Creo que hemos sido los únicos que pudimos facilitar esto. Estaba, desde luego, Adena, con sus características particulares (positivas en algún punto y no tanto en algún otro), pero por la composición multinacional del Estado Español, el movimiento ecologista había fracasado cada vez que había intentado formar una organización estatal. Aunque en realidad, no

se puede decir que lo hubiera intentado. En diversas oportunidades, se intentó organizar federaciones y confederaciones, coordinadoras, etc. Lo cierto es que los fracasos se sucedieron, hasta que la CODA recientemente lo ha conseguido. Tenemos por primera vez una coordinadora que funciona y que ha superado los enfrentamientos entre grupos que antes eran muy corrientes. Esto empieza a dar resultados y Greenpeace, con esta situación, halla una gran comodidad y complementariedad. Como anécdota, Santiago Martín Barajas, Vicepresidente de la CODA, el pasado mes de julio estuvo diez días a bordo de un barco de Greenpeace durante la campaña del Cantábrico, comparando incluso ruedas de prensa.

En cuanto a Amigos de la Tierra, ... Bueno, yo suelo decir que el movimiento ecologista español, simplificando, es como un trípode. Adena es una de las patas, Greenpeace la segunda y la tercera debería ser cualquier sistema que agrupase al movimiento ecologista «regional», los grupos de ámbito regional y local. Esta tercera pata se la han disputado diversas coordinadoras y federaciones. En mi opinión, Amigos de la Tierra tenía que haberla ocupado, pero perdió la oportunidad de hacerlo en los años 70, al no federar a los grupos como ha hecho ahora la CODA. Estoy hablando de una federación de grupos de base, con un funcionamiento democrático y que representase la diversidad del movimiento ecologista del Estado. Por razones que no vienen ahora al caso (pues pienso que están muy ligadas a la personalidad de sus dirigentes), Amigos de la Tierra ha fracasado en este terreno, que ya ha sido ocupado por la CODA. Y además de manera admirable. Así es como creo que se articula y como se ha articulado en los últimos años el movimiento ecologista español, en el que afortunadamente se han abandonado los cañinismos que lo caracterizaban en los años 70 y principios de los 80. Aunque hay todavía alguna escaramuza, en general ahora hay un respeto mutuo y alto grado de colaboración.

Ep.— Nos cansamos de repetir que vivimos en una sociedad poco articulada y poco participativa, que los partidos políticos son cada vez menos un cauce de participa-

ción, pero que tampoco tenemos en perspectiva nada que los sustituya. En otros países, Greenpeace convive con grandes asociaciones ecologistas o proteccionistas, de las que carecemos al sur de los Pirineos, ¿cuál es a tu juicio, aunque suene grandilocuente, la ubicación sociopolítica de Greenpeace en el Estado Español?

XP.— Ciertamente no tenemos sustituto para el actual sistema de partidos y de representación parlamentaria y lo lamentable es que sea creciente su distanciamiento de la sociedad. Esto es evidente en muchos temas y los ambientales son un ejemplo clarísimo. ¿Cómo puede compensarse esto? Fortaleciendo la sociedad civil. Creo que Greenpeace intenta hacer esto, pero con una carencia clara: no es una organización de base. Es algo que reconocemos. Greenpeace está estructurado de determinada forma y así ha funcionado hasta ahora. Nos atribuimos en mayor medida una función de grupo de presión o de *lobby* político. Sabemos que tenemos unas decenas de miles de personas que nos dan apoyo efectivo y una importante masa social, que no llega al punto de querer asociarse, pero que se siente preocupada o incluso indignada por la situación ambiental y que en cierta forma puede sentirse representada por Greenpeace. Se nos dice muchas veces «aunque no soy socio, me gusta lo que hacéis».

Pero, cuidado, la sociedad civil sí que está organizada en otros frentes. No hay duda. ¿Por qué toman los gobiernos determinadas posiciones en temas ambientales, por ejemplo, en el caso de los residuos sólidos o en cuestiones energéticas? La otra parte de la sociedad civil, ya lo creo, sí que está organizada en *lobbies* políticos fortísimos.

Ep.— Los fabricantes de automóviles...

XP.— Por ejemplo. Estos no salen en los periódicos como sale Greenpeace. Nuestra lucha diaria es llegar a la opinión pública a través de los medios de comunicación social. Por cada vez que sale una asociación de fabricantes de automóviles o de industrias químicas o las eléctricas, nosotros salimos veinte o veinticinco veces. Evidentemente, esto no significa que nuestra capacidad de presión sea veinticinco veces mayor. Lo imprescindible es que los guber-

nantes se sientan presionados por nuestro lado, para compensar la fortísima presión que reciben del otro. Ahí veo yo la misión de Greenpeace.

¿Cómo se hace esto? Pues, intentado educar e informar a la opinión pública: explicando cosas que la gente no sabe, ofreciendo datos nuevos. Lo hacemos recurriendo a la información que nos llega de otras oficinas de Greenpeace y de Greenpeace Internacional y también trabajando diez horas al día mucha gente. Poco a poco, a ese gran caudal de información, puedes irle dando diversas formas: desde el informe gordo, lleno de referencias, preparado por especialistas y sólo apto para especialistas o políticos muy interesados, hasta un resumen digerible para la prensa o una hoja informativa para el público en general o hasta los treinta segundos que te dan en la radio y la televisión. Para que la presión sea efectiva, la información tiene que correr. Este es el papel que, no sólo Greenpeace, sino cualquier ONG de los distintos frentes, puede y debe jugar. Educación y presión política, con la conocida proporción de acciones directas e intervenciones de resistencia que no son sino vías que nos permiten hablar de los temas porque llaman la atención a políticos, prensa y opinión pública sobre los problemas.

Ep.— ¿Cómo son las relaciones de Greenpeace con los medios de comunicación? No pocas veces se ha dicho que Greenpeace lo hace todo para captar la atención de los medios. Y después se añade que los ecologistas no presentan alternativas, porque éstas no aparecen en los medios. ¿No son unas relaciones desequilibradas, si la acción directa aparece en primera plana y el informe sesudo no arranca un breve?

XP.— Yo creo que debemos mirarlo desde distintos puntos de vista. En primer lugar, resultaría injusto decir que somos maltratados por los medios de comunicación. En España, hoy por hoy, nos tratan muy bien. En los casi diez años de existencia de Greenpeace-España, el tratamiento recibido en los medios ha sido, en un 95%, positivo, incluso de simpatía, recogiendo nuestros planteamientos y con muy pocos casos de agresividad. En otros países, este

estado de gracia, hace años que se acabó. Hay generaciones de periodistas que se dedican a maltratar a Greenpeace y a otras organizaciones que en momentos anteriores habían recibido una atención positiva. En segundo lugar, que el tratamiento haya sido positivo no quiere decir que no haya sido superficial, como tú apuntabas. Muchas veces es desesperante ver como se han dedicado días y semanas a la investigación de un tema y a la redacción de un documento que luego se presenta en rueda de prensa y se envía a 50 políticos claves en el asunto, para obtener una respuesta tan débil que hace que te preguntes si alguno de ellos lo habrá leído o cómo es posible que el escaso impacto en los medios sea tan distorsionador, olvidando lo más interesante. Por eso, hemos decidido ahora vender los informes a través del boletín trimestral, poniéndolos a disposición de todas las personas a las que pueda interesar, a la vez que alargamos su vida más allá de la efímera rueda de prensa.

¿Cómo se puede luchar contra esto? Pues intentamos compensarlo. Procuramos tener contacto con una serie de periodistas más especializados y que entienden mejor lo que hacemos y hacer circular la información de manera casi individual. Estos periodistas son los menos, pero son los que pueden profundizar en un tema. En cualquier caso, que se aborden nuestros temas en profundidad no quiere decir que se lean nuestros informes. La gente ve la protesta y pregunta «¿hacéis algo más además de la protesta?». Pues sí, pero no conseguimos que las alternativas reciban la misma atención.

Ep.— Los diez años de trabajo de Greenpeace en España siempre han tenido más o menos el mismo escenario político: un gobierno del PSOE en el poder y una oposición formada por el PP, IU y nacionalistas. El pasado 6 de junio se produjo la variante de la pérdida de mayoría absoluta. El hecho de que el poder político esté ocupado por una fuerza política supuestamente progresista y más sensible a los temas ambientales, ¿facilita o complica la actividad de Greenpeace? ¿Son más receptivos o es desesperante tratar con ellos? ¿Cómo son las relaciones con la Administración del PSOE?

XP.— El diálogo ha sido prácticamente imposible durante estos diez años. No es por utilizar tópicos, pero lo que se dice de la prepotencia y la arrogancia del PSOE (me sabe mal decirlo, porque se ha repetido mil veces y ya parece un cliché) en los temas de medio ambiente es una realidad. Hay toda una serie de ejemplos que nos dan muchísima legitimidad para criticarlos. Bueno, hubo una corta luna de miel con el tema de los residuos radiactivos, después de su primera victoria en el 82. En este tema, el gobierno español tuvo un papel decisivo para detener los vertidos de residuos radiactivos a la fosa atlántica y en todo el mundo (moratoria que todavía sigue); también aplicaron la moratoria nuclear que habían prometido y que había sido una reivindicación ecologista del momento (más tarde se ha quedado corta y se debió sobre todo a razones económicas, pero en aquel momento era lo que se pedía y se aplicó); España fue el único país ballenero que abandonó la caza de ballenas, que votó a favor de la moratoria en la caza de ballenas, que desmanteló su flota ballenera y que ha mantenido una posición favorable a la protección de los cetáceos en la Comisión Ballenera Internacional. Estas y algunas cosas más siempre las hemos reconocido.

Todavía un factor más para demostrar nuestra no beligerancia respecto a los socialistas (en el sentido de atacarlos por atacarlos): me refiero al tema de la OTAN. En aquel momento, Greenpeace debió ser el único grupo de más de cuatro personas en este país que no se pronunció sobre el referéndum de la OTAN. Hasta la Iglesia tomó postura. Greenpeace, en 1986, no tenía una política en relación a los bloques militares, sino que tenía una política en relación a las armas nucleares. No entrar en el debate sobre si España debía o no pertenecer a la OTAN con la condición de mantener su condición no nuclear nos hizo dejar parte de la piel en el camino, porque muchos grupos no lo entendían e incluso se nos veía como allegados al PSOE, interpretando nuestra opción como un apoyo tácito a los socialistas. La sorpresa de todos ellos (grupos pacifistas, grupos ecologistas y los propios socialistas), fue que, inmediatamente después del referéndum, cuando llegó el

primer buque con armas nucleares a un puerto español se encontró con la oposición de Greenpeace. Habíamos empezado una campaña muy enérgica, y que resultaría además muy emblemática de la organización durante muchos años, de denuncia de la presencia de armas nucleares en los puertos y de la violación de las condiciones establecidas en la pregunta del referéndum de la OTAN, que es un tema gravísimo.

A partir de aquí, no quiero decir que sólo por este tema en concreto, se fue deteriorando más y más la relación con los socialistas. Y eso que tampoco intervinimos en temas que en aquel momento movilizaron muchísimo a la opinión pública: el tema del *Casón*, por ejemplo, o Riaño, o Cabañeros, temas emblemáticos del movimiento ecologista español, en los que Greenpeace no entró, no porque estuviéramos de acuerdo con el Gobierno o porque no nos pareciera un problema ambiental, sino porque carecíamos de una política sobre estos temas y en Greenpeace somos muy estrictos al respecto: nunca entramos en temas sobre los que no tengamos una política definida o una campaña determinada en curso. Hay toda una primera fase de la presencia de Greenpeace en España de la que el PSOE debería haber sacado la impresión de que «Greenpeace no va a por el Gobierno», sino que cuando cree que debe dar su apoyo, lo da; cuando cree que debe criticar, lo hace; y cuando no tiene una posición sobre una materia, pues no la tiene y se calla. Este, creo yo, que debería haber sido el análisis inteligente que deberían haber hecho los socialistas. Llegan los temas de residuos tóxicos, de armas nucleares y otros, que son muy problemáticos para el Gobierno español y entonces se sorprenden mucho de la enérgica oposición de Greenpeace a la política del Gobierno. Inmediatamente, en lugar de formular el análisis que acabo de hacer, dejamos de ser un grupo simpático y razonable, para convertirnos en fundamentalistas, terroristas ambientales, desindustrializadores del país y todos los insultos que quieras. Precisamente Greenpeace, que tiene un estilo y una actitud de no insultar nunca a nadie, cuando mucha gente vería lógico que jugáramos a extraparlamentarios con un lenguaje duro y agresivo contra

el Gobierno. Nunca hemos entrado en esta dinámica y, sin embargo, tenemos que aguantar que Alberos, Mazarrasas, Martínez Salcedos, Kindelanes y otros políticos socialistas se permitan insultar con palabras de este estilo a las personas de los movimientos sociales.

Sé muy bien por qué digo que la relación con los socialistas ha sido mala: falta de diálogo, arrogancia, insultos, etc. Esperemos que con el cambio sobre el cambio se entienda nuestro mensaje, dejen de insultar y entren al diálogo. Quisiera también dejar constancia de que hay otros políticos socialistas (como Bono, Leguina o Cercas y sus colaboradores) que son mucho más dialogantes y que desde luego no insultan. Ya veo que me estoy alargando mucho, pero para dar un ejemplo de lo que nosotros queremos, volvamos a los informes de los que hablábamos hace un momento. Lo que nosotros reivindicamos es poder sentarnos con ellos alrededor de una mesa (en público o en privado, con los grandes jefes o con los técnicos), pero no en una reunión protocolaria de quince minutos, sino en una reunión de trabajo durante las horas o días que hagan falta y discutir por qué no es posible, por ejemplo, según ellos, nuestra propuesta de reducción del 50% del consumo energético o por qué no es posible aplicar tecnologías limpias, etc. ¿Hay problemas filosóficos, económicos, técnicos, políticos? ¿Dónde están las diferencias?

Quisiéramos verlos con uno de nuestros informes subrayados, con los errores y discrepancias indicados. Eso, en cualquiera de los temas que tocamos. Eso, es lo que nunca se ha dado, a pesar de que lo hemos pedido cien veces y otras tantas nos han dicho que sí, que lo harían, pero el diálogo nunca ha llegado.

Ep.— En cuanto, a la oposición, no parece que tampoco haya aprovechado las aportaciones de Greenpeace. Es de suponer que desde la oposición es siempre más fácil hacer caso a Greenpeace, pero no parece que, ni desde la derecha ni la izquierda, se haya producido una adopción de lo que dice Greenpeace, ni siquiera que sus informes hayan sido manejados en reuniones parlamentarias.

XP.— Sí, estoy totalmente de acuerdo.

Más bien ha ocurrido lo contrario. Nos han contado cómo algunos diputados (risas), no sé de qué partido, rompen el material que reciben de Greenpeace. Cuando recogen su correspondencia, hacen ostentación de estar rompiendo nuestros informes y lo tiran a la papelera. Bueno, de la derecha, del PP, no me sorprende, porque el PP debe tener todavía más dificultades que el PSOE para adoptar las cosas que nosotros pedimos. No es que quiera hacer un planteamiento simple de derechas e izquierdas, pues ya quisiéramos nosotros que la socialdemocracia española tuviera la política ambiental de la democracia cristiana alemana, pero es que en el ámbito del Estado Español, si nos encontramos con tales dificultades con los socialistas, ¿qué podemos esperar del PP, que son o representan a los propietarios de las empresas que contaminan, de las eléctricas, etc.? En fin, todo lo que pedimos altera sus negocios, sobre todo a corto plazo, o afecta a sus principios políticos (las armas nucleares, por ejemplo). No hace falta insistir en el efecto perverso que esto tiene sobre los grupos ecologistas españoles: cuando uno ve la alternativa, mira al cielo y clama «madrecita, que me quede como estoy». Haría falta tener muy, muy buena voluntad para imaginar que un gobierno del PP mejoraría la situación ambiental española. Me estoy refiriendo a planteamientos de fondo, no a si crean un parque nacional más o no. Temas energéticos, de residuos tóxicos, de tecnologías limpias, etc., no esperamos que el PP encare estas cuestiones con una perspectiva mejor que la del PSOE. Sería absurdo deducir lo contrario de su discurso político o de las experiencias en las Comunidades Autónomas en las que ellos gobiernan (Balears, Cantabria, Galicia, etc.).

La izquierda. Bueno, Izquierda Unida ha utilizado en alguna ocasión material de Greenpeace en sus interpelaciones parlamentarias, pero no se puede decir tampoco que IU, dejando aparte la mayor o menor utilización de materiales ecologistas y al margen de sus declaraciones considerándose una fuerza rojiverde, tenga como seña de identidad la dedicación constante a los temas ambientales. Efectivamente, son anti-nucleares y en los debates sobre cuestiones

ecológicas, tanto a nivel estatal como en las distintas Comunidades Autónomas, suelen posicionarse en la parte que entendemos correcta (¡estando en la oposición, sería absurdo que no fuera así!), pero no lideran nada en estos temas, ni tampoco consiguen que los temas ambientales se debatan en el Parlamento. ¿Por qué ocurre esto? Pues es difícil saberlo, pero no me sorprendería que fueran determinantes las dificultades del mundo sindical con el ecologismo y sus organizaciones (a pesar de lo que dijo Joaquín Nieto en el pasado número de *Ecología política*). Si bien las cúpulas dirigentes ven hacia donde apunta el futuro, más abajo, al nivel de los comités de empresa, la situación no es ésta, ni mucho menos. Es todo mucho más dramático, con los comités de empresa dando apoyo a la empresa contaminante, porque creen que las medidas anticontaminantes les harán perder sus puestos de trabajo.

Entonces, en el terreno de las hipótesis, ¿cree IU que su masa potencial de votantes se vería reducida si adoptara una posición más enérgica en temas ambientales? Una mayor agresividad de IU en medio ambiente, ¿perjudicaría su relación con estos trabajadores alienados en el sentido ecológico de la expresión? ¿es falta de competencia? ¿o es falta de capacidad en términos de personal, cómo nos pasa a nosotros muchas veces cuando se nos dice «por qué no decís nada de esto», que no lo decimos porque no damos abasto? Me resulta difícil acertar con la conclusión.

Ep.— Otra de las características de estos diez últimos años en el ámbito de la ecología y la política en España ha sido la continua perspectiva de que los verdes estaban a punto de llegar. Nacidos hace ya una docena larga de años en Centroeuropa, su importación siempre ha parecido inminente y sencilla, por lo menos desde el punto de vista ideológico, aunque en la práctica no ha sido así. Como bien sabes, en los dos últimos años se han dado pasos muy importantes en la clarificación del ámbito político verde. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

XP.— A Jordi Bigas le oí decir que algunos movimientos sociales nacían con estrella y otros estrellados. Lo cierto es que los verdes españoles han tenido muy mala suer-

te desde el principio. Empezaron con unos líderes fundadores con los que no se podía ir a ningún lado. Luego, dieron la imagen de estar divididos, que ha durado mucho tiempo. Esta imagen es hija del cantonalismo de la izquierda extraparlamentaria española y de la multipartición del movimiento ecologista español. Por si faltara algo, está la aparición de los falsos verdes, algunos casi fascistas como el Vertice Español de Reivindicación del Desarrollo Ecológico (VERDE), El Partido Ecológico Español y, por el otro lado, los llamados ahora Ecologistas, la secta. En resumen, han tenido todos los problemas que podían tener.

Dicho esto, que me parece que es un análisis (aunque hecho ahora de manera superficial) que deja muy poco margen para la discusión, hay una segunda cuestión, ésta ya más discutible, en la que llevo años defendiendo la misma tesis con gran enfado de algunos dirigentes de los verdes. Se diga lo que se diga, el electorado de los verdes es un electorado progresista, de izquierdas en general. Es posible que haya alguna abuelita que vote verde porque salvan los pajaritos y no son de derechas ni de izquierdas. Sin duda una pequeña porción de su electorado es así, pero la gente que vota conscientemente a los verdes, sabiendo lo que son y conociendo su programa, es de izquierdas. Si no quieren utilizar los términos derecha-izquierda, pues que digan progresista, pero yo me niego a creer en la existencia de un electorado neutro de los verdes, con un programa también neutro que, sin embargo, abarque temas energéticos y de residuos o de la mujer o de discriminación racial. Estos planteamientos se atribuían normalmente a la izquierda y al progresismo.

Si admitimos esto, algo que —repito— algunos de sus dirigentes no admiten, pero es mi opinión y la expongo, diríamos que la diferencia entre España y otros países es que en esos otros países a la izquierda de la socialdemocracia queda muy poco. Si tú eres un ciudadano progresista, que cree en todas estas cosas y estás decontento con la labor de la socialdemocracia, no tienes más opción que votar a los verdes, puesto que los comunistas han desaparecido y el resto tiene muy poco peso. Si tú estás en esta si-

tuación en España, tienes muchas otras posibilidades: puedes votar a IU o votar a los partidos nacionalistas de izquierda que hay en la mayoría de comunidades autónomas. La consecuencia es la división del voto, evidentemente. El caso de las Baleares es paradigmático: estoy seguro de que si hiciéramos el ejercicio de sumar los votos de los verdes, de IU y del Partit Socialista de Mallorca nos saldrían, como mínimo, un montón de concejales y de parlamentarios autonómicos. Ya sé que esta suma es imposible. ¡No estoy proponiendo esta suma! Los verdes dicen que su proyecto político es sustancialmente diferente y por eso se enfadan cuando hago este análisis. Yo no digo que se puedan sumar, lo que sí digo es que desde el punto de vista del ciudadano que va a votar no es tan fácil decidir entre estas tres formaciones, una vez decidido que no se quiere votar al PSOE. Además, en las legislativas de junio del 93, está el factor del miedo a la victoria de la derecha. Estoy convencido de que mucha gente que en unas locales o autonómicas hubiera votado a los verdes —o en unas generales sin ese peligro— ha votado al PSOE.

Es cierto que en los últimos meses, ha habido avances muy importantes en diversos frentes. Sus dirigentes son mucho más presentables, no son dogmáticos ni sectarios, son dialogantes con los movimientos sociales y no han entrado en conflicto con el movimiento asociativo. Su última campaña electoral ha sido (por lo menos en las Baleares) brillante, sobre todo si tenemos en cuenta sus escasos medios, del mismo modo que la anterior, en las autonómicas, fue muy mala. Quedan todavía muchas cosas por pulir, pero desde luego ha habido muchos pasos positivos. Creo que para ellos el resultado de las pasadas elecciones ha sido el de salir de las catacumbas: ahora la gente sabe que existen los verdes. Si siguen por este camino, creo que en las próximas municipales y autonómicas recogerán los frutos.

No creo que sea necesario, en este contexto, reiterar la independencia de Greenpeace respecto a los verdes, ¿verdad?

Ep.— A lo largo de estos últimos diez años, te he oído en varias ocasiones expresar tu preocupación por el modo de finan-

ciarse del movimiento ecologista español, en el sentido de que sigue estando muy poco emancipado del padre-Estado. ¿Cómo ves este tema actualmente?

XP.— Me sigue preocupando, sí. Verás, en relación a Greenpeace, se produce una paradoja muy interesante. Cuando tenemos algún roce con algún grupo ecologista pequeño, la percepción que tienen de Greenpeace es que «claro, como vosotros sois muy ricos» o aquello de «la multinacional ecologista». Es como si a Greenpeace le hubiera llovido el dinero del cielo, cuando en realidad si hay un grupo al que nadie ha regalado nada es Greenpeace. Lo que tenemos procede, por un lado, de la eficacia de la gestión y sobre todo porque hemos conectado con la opinión pública y ésta ha decidido financiarnos: nuestra base son las pequeñas donaciones de los socios. Es curioso que a veces nos hagan esta crítica (la de «tenéis mucho dinero») grupos que sobreviven de las subvenciones que reciben, en el mejor de los casos, de la Administración y, en el peor, de empresas. Siempre he sido partidario de que los grupos ecologistas se liberen de este papá-Estado y que se financien mediante cuotas y ventas de material. Evidentemente, hay un problema grave: conseguir la suficiente masa crítica de socios que te permita subsistir. Esta tesis mía puede chocar frontalmente con otra tesis mía, que es la siguiente: para que un grupo sea efectivo debe funcionar de modo profesional y debe contar con un mínimo de infraestructura. Nunca he creído en los grupos contraculturales al estilo de los años 60 o 70. Están muy bien como agitadores, pero no producen resultados por su ineficacia. Se necesita disponer de infraestructura y de algunos profesionales (no me gusta la palabra liberado), personas que trabajen ocho o diez horas al día, porque los agresores de la naturaleza trabajan ocho o diez horas. Eso hay que compensarlo profesionalmente. ¿Cómo se financia esto? Pues si en una provincia o comunidad autónoma, en lugar de tener un grupo ecologista con 5.000 socios, se da la circunstancia de que hay 50 o 100 grupos con 15 o 20 socios cada uno, es muy difícil que estos pequeños grupos lleguen a tener ningún peso específico, a no

ser que cuenten con financiación oficial o empresarial para sus actividades. Por cierto, incluyendo entre estas actividades estudios a cambio de subvenciones. Si quieres seguir intercambiando estudios o informes por subvenciones, sabes que no puedes ser muy crítico, porque si eres crítico, el año que viene no te lo van a comprar.

En conclusión, las subvenciones son un mal asunto para el movimiento ecologista. Hay que agruparse hasta llegar a formar organizaciones efectivas y con esa masa crítica que las haga viables, proporcionadas al trabajo que se quiera llevar a cabo y al ámbito de actuación.

Ep.— Eso, como sabemos, tiene un aspecto negativo, que es la menor participación de los socios. Es más fácil participar en un grupo reducido que en uno más grande y profesionalizado.

XP.— Bueno, pero esto no tiene por qué ser así. Tenemos algunos ejemplos de ello. El caso del Grup Balear d'Ornitologia i Defensa de la Naturalesa (GOB). El GOB es como es, no porque haya salido así, sino porque algunos hemos trabajado para que fuera como es. En un territorio dividido en islas hubiera sido muy fácil que hubiéramos llegado a los años 90 con una veintena de grupos ecologistas, tal como ha ocurrido en las Canarias. Yo no diría que el GOB sea un grupo no participativo. Lo es mucho. Hay mucha gente involucrada. En los pueblos hay grupos activos, formados además por personas con significación social en su ámbito. Está organizado en todas las islas. En fin, es un grupo de base de manual y además tiene varios profesionales. El funcionamiento de base no es incompatible con la existencia de un núcleo profesionalizado que asegure el trabajo y que más o menos dirige el grupo. Eso no sería posible si las 4.000 cuotas del GOB estuvieran muy divididas o si la delegación del GOB en Manacor hubiera preferido ser el Grup Ecologista de Manacor y actuar independientemente.

Ep.— Entonces, aclaremos este punto, tú no rechazas de plano que los grupos ecologistas obtengan subvenciones, sino que dices que éstas no deben ser la base principal de financiación. ¿Es eso?

XP.— Lo que digo es que cuanto menor

proporción de subvenciones tenga un grupo, mejor. Si puede ser cero, pues cero. Para muchos grupos es imposible, pero está claro que alejarse de las subvenciones aumenta la independencia y la capacidad de crítica. Desde luego, yo no voy a juzgar a nadie por conseguir una subvención, excepto cuando se obtienen de empresas con el evidente propósito de lavar su imagen. Estoy de acuerdo con algunos compañeros ecologistas que dicen que obtener una subvención no es ninguna vergüenza, en la medida en que no es el Gobierno el que te da su dinero, sino que se trata de fondos públicos de toda la sociedad. Y los ecologistas trabajamos para la sociedad. Incluso algunos grupos están declarados de utilidad pública.

Por cierto, que se debería aprovechar la oportunidad de la revisión de la ley de financiación de los partidos políticos, para tratar también de la financiación de las ONGs y en general de las asociaciones que no son partidos políticos. Hay que recordárselo para evitar la tentación de que clarifiquen el panorama solamente para ellos. Esto ya ha sido propuesto a los socialistas y a otros grupos políticos. En muchos países, una donación particular a un grupo ecologista supone una desgravación fiscal. Es decir, que podría haber facilidades fiscales para que la gente donara dinero a los grupos ecologistas. Otra vía sería añadir a la declaración de renta un listado de asociaciones que cumplen determinados requisitos para que la gente pueda destinar una parte de sus impuestos según su propio criterio. Si, como dicen, quisieran realmente potenciar la sociedad civil, no sería difícil poner en marcha alguno de estos mecanismos.

Ep.— Para poner un punto final adecuado a la entrevista, una pregunta formulable de muchas maneras que el Presidente de la sección española de Greenpeace no puede eludir: brevemente, ¿eres optimista o pesimista?

XP.— No dispongo de una respuesta rápida y clara. En primer lugar, si yo no fuera optimista, si no me creyera que pueden cambiarse las cosas, no estaría aquí. Reconozco que además me lo paso bien, pero lo cierto es que creo en la posibilidad de cam-

biar las cosas. Hay, en segundo lugar, un componente de rabia, de morir matando, de estar en una organización que permite, cuando creemos que debemos hacerlo, devolver los golpes a los gobiernos y a las industrias. Trabajar en Greenpeace es como una vacuna contra la impotencia. En tercer lugar, tengo que declararme pesimista. La situación ecológica de este planeta se deteriora a gran velocidad. A pesar de que vamos dando pequeños pasos positivos y de que los problemas estén más que diagnosti-

cados, no se están tomando las medidas apropiadas con la suficiente velocidad y, en muchos casos, a velocidad cero. La situación ecológica de hoy es peor a la de hace 20 años, a la altura de la cumbre de Estocolmo. Se nos dice que la conciencia ambiental crece cada día y que el movimiento ecologista es más fuerte. Muy bien, de acuerdo, pero a nivel global todos los indicadores empeoran día a día. Conclusión: hay que acelerar el cambio de rumbo mediante la presión social.



LOS NIÑOS APRENDEN LO QUE VIVEN

**COLABORA PARA QUE ESTE NIÑO
NO APRENDA SÓLO LA VIOLENCIA**



Asociación Pro Derechos Humanos de España

SOLIDARIDAD CON LOS NIÑOS/AS DE LA CALLE DEL BRASIL.

BANCO DE COMERCIO; SUCURSAL N° 9232

GOYA, 22 — 28001 MADRID

CTA. CTE.: 1250764